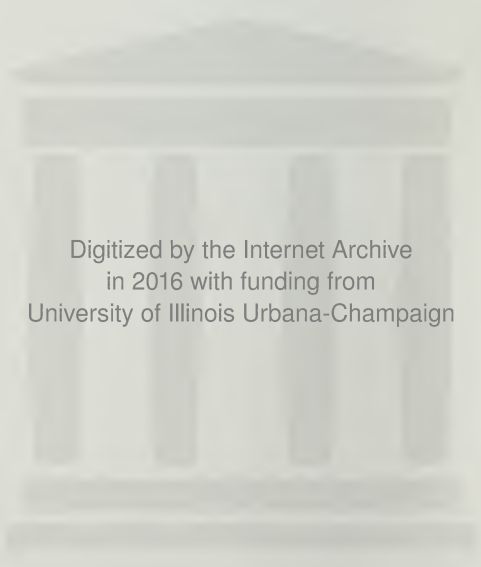


869.81

F589g



UNIVERSITY OF  
ILLINOIS LIBRARY  
AT URBANA-CHAMPAIGN  
BOOKSTACKS



Digitized by the Internet Archive  
in 2016 with funding from  
University of Illinois Urbana-Champaign

Garra de Lince  
Guaro

Barra Moreno, Gabriel

Pres. Ecuador, 1821-1875--

GARCIA.

---

SUCESO HISTORICO.

---

(IMITACIÓN DE LA MANERA ERSA SEGÚN  
LAS TRADUCCIONES INGLESAS  
DE MACPHERSON)

POR

F. J. S.



QUITO.

---

Imprenta del Gobierno.

---

1884.





869.81

F 5889

I

## LA VISPERA.

Thou sure and firm set earth,  
Hear not my steps, which way  
they go, for fear  
The very stones prate of my  
whereabout.  
And take the present horror  
from the time  
Which now suits with it.

SHAKSPEARE.

Tranquila y silenciosa está la noche, bajo el negro pabellón de las tinieblas. El Pichincha se divisa entre las sombras, como el atalaya avanzado de la muerte. A manera de copos de nieve depositados en las rocas de la montaña, descansan aquí y allí blancos corderillos encerrados en sus rediles. El lobo sediento de sangre se acerca á ellos con callado paso, y el pastor, rendido de cansancio, sueña que ve brillar entre espesos matorrales, como dos carbones encendidos, los ojos aterradores del feroz animal. Los habitantes de Quito reposan en sus lechos; sus labios están sellados por el silencio; sobre sus cabezas bate blandamente las alas el dulce sueño, y los mausoleos del cementerio, elevados á las fal-

das del excelso monte, se distinguen en la oscuridad como fantasmas que salen de los sepulcros. Sólo un hombre vela á la luz rogiza de una pequeña lámpara en el estrecho recinto de apartada estancia. No se eleva su estatura muchos palmos sobre el suelo; mas es ágil como el viento, fuerte como el roble, aleve como el tigre, feroz como la hiena. Oyar es su nombre. Con el cuerpo doblado sobre las rodillas puestas en tierra, desnudos los brazos macisos y bien musculados como los de una estatua de Hércules, afila en rápido vaiven en una lisa piedra su cortante puñal.

¿Qué lúgubre sonido interrumpe repentinamente la solemnidad del silencio que reina en la oscuridad? Es el aullar del lebel que cree ver los espectros de la noche. Oyar sobresaltado amortigua la llama de su lámpara, esconde el puñal entre los pliegues de su suelto ropaje, contiene el aliento y aplica á la puerta el oído acostumbrado á percibir aún el ténue suspiro de la brisa espirante. Mas el perro vuelve á entrar en su mudo reposo, y ni el zumbido de los insectos voladores viene á turbar el sueño de la vida. Apenas se oye, lejano y confuso, el eco bramador del torrente que, precipitándose del seno de la montaña á lo más hondo del valle, serpea luego en arroyos cristalinos

por las subterráneas cañerías de la ciudad y va á descansar en las fuentes de las plazas, arrullado por el frío soplo las auras nocturnas.

Oyar tranquilizado vuelve á la faena, toma en seguida una gruesa moneda de plata, en la que está grabado el busto de la libertad, y da en ella con el cortante filo del puñal un golpe seco que la divide en dos mitades. Al verlo, asoma en su movable boca fatídica sonrisa; pónese de pié, fija los ojos azules y centellantes, como la llama de un anafe, en el afilado instrumento, y exclama: “¡Bien, muy bien! Diríase que has sido forjado en las fraguas del Demonio. ¡Espíritus del infierno! empapad mis entrañas en la hiel de la ferocidad, é impedid que mi conciencia, alarmada con el fantasma del crimen, haga temblar mi brazo como el de un niño aterrado con el ruido hecho por un rata que anda en la oscuridad. Regocíjate ¡oh mal! las cadenas que agobian tu serviz, despedazadas van á ser, y tu frente, hoy hundida en el polvo bajo la planta del tirano, se calará en breve el gorro frigio usurpado por el bien”. Dichas estas palabras déjase caer á plomo en su lecho, como el oso que fatigado extiende sus miembros en el lóbrego fondo de ignorada cueva.

II

EL DÍA.

..... he bides  
with twenty trenched gashes on  
his head;  
The least a death to nature.

MACBETH ACT. 3.º

Plácido está el día en el valle de Quito, como el lucero que brilla en el poniente en el azul del cielo de una tarde de estío; torrentes de luz inundan la blanca ciudad que descansa tranquila en el regazo de la paz; arde en el zenit el sol del Ecuador, semejante á una inmensa hoguera encendida en el espacio por el soplo omnipotente de Jehovah; el viento ruge allá en los desnudos picachos del Pichincha, y el cóndor se cierne sobre el pardo cráter de la montaña, á cuya planta duermen los muertos el sueño del sepulcro.

El caudillo del pueblo avanza á su palacio. En su frente resplandece la magestad del genio. Su mirada deslumbra, como el relámpago precursor del rayo, los ojos de los perversos enaltecidos; mas para los buenos atribulados, es dulce y consoladora como el alba de un día de bonanza después de noche tempestuosa.

Apenas ha subido el héroe el último

escalón del atrio del suntuoso edificio, cuando Oyar, con la rapidez y silencio del halcón, se arroja sobre él, por detrás, le da una cuchillada brutal en la cabeza, y luego le esconde en el cuello por la punta el ancho y bien templado acero. La sangre del mártir inunda su seno. Al sentirse herido vuelve hácia el asesino su rostro sereno como su alma, fija en él una mirada de compasión y se adelanta para desarmarle. Oyar, al retroceder, alza más alto el arma parricida, y el brazo de la víctima se abate como una rama de encina que, hendida por la centella, se desgaja sobre su tronco. Óyense, entre tanto, algunas detonaciones; los cómplices de Oyar han disparado sus pistolas, y el plomo ha penetrado en el sangriento cuerpo del ínclito caudillo que bambolea y cae á la plaza al pié de una de las columnas dóricas del palacio presidencial. Oyar se precipita de nuevo sobre el héroe agonizante, le despedaza la noble cabeza á golpes redoblados, y se desliza á vuelta de ojo entre los árboles que le rodean, como la víbora homicida que, dada la fatal mordedura, se oculta entre las hojas de la selva; pero alcanzado en su fuga y herido de muerte cae exánime en tierra, como pesada piedra que se hunde en el fango.



La voz que anuncia la espantosa catástrofe se difunde por todas partes; las campanas se estremecen en las altas torres, y sus melancólicas vibraciones se dilatan por el espacio en alas de los vientos; el aire se llena de gemidos, y la ciudad se viste de luto.

### III

#### LA HIJA DEL MARTIRIO.

And will he not come again?  
And will he not come again?  
No, no, he is dead,  
Go to thy death-bed,  
He never-will come again.

SHAKSPEARE.

¿Quién es aquella que entre las sombras de la muerte amontonadas sobre las verdes cúpulas de Quito, aparece pálida y trémula como una estrella que se divisa al través de la niebla? Su cabellera, semejante á los vapores de oro que al ponerse el sol flotan sobre nuestros nevados montes de occidente, cubre desgrenada su espalda de alabastro. Sus ojos tienen la dulce y dolorosa expresión de los de la gacela moribunda; en sus labios, descoloridos como los delicados pétalos de una flor marchita, vaga la amargura de la agoría, y su albo seno se agita como la superficie de un lago atormentado por la

tempestad. ¿ Por qué está, pues, tan demudada la que hace pocos instantes resplandecía como el sol en la atmósfera del amor dichoso? Ay! ya la veo de rodillas delante de la Cruz; pero no hay lágrimas en sus ojos, ni de su boca salen más que gritos de dolor, secos, ahogados, desgarradores. Al fin, desátase en llanto y habla: “¡Dios mio! dice, volvédmele volvédmele.... Acaba de salir rebosante de vida y salud, y ya me le han quitado.... ¡Gabriel! ¡esposo mio Gabriel! Señor, tened piedad de mí!!.... Voces de báquica algazara resuenan en torno del funesto cuadro. No de otra manera los perros de un matadero dan al viento sus ladridos al ver como se cubre de fúnebre velo la faz de la reina de la noche en los momentos de su eclipse. Al oirlas, la esposa de García se levanta, corre despavorida hacia la puerta de una ventana. Las palabras—“Murió el tirano. ¡Viva el puñal de Oyar! hieren su corazón, y viénese á tierra como una columna de jaspe volcada por el terremoto. ¿ Qué haceis desgraciados? ¿ Por qué la insultais en su dolor? Desamparada tortolilla que gime en el hueco de la peña, ¿ qué mal os causa? Azucena arrastrada por el furor del huracán, ¿ A qué pisarla? Angel de paz y de tribulación, ¿ en qué os ofende? De-

jadla, por piedad, si no por ella, por la adorada patria, cuya honra así enterrais en el inmundo cieno. ¡ Ah, nuestra patria! humana es y sobre modo compasiva. ¡ Cuándo ha ella profanado las lágrimas de la mujer? ¡ Cuándo se ha alzado contra las prerogativas que la cristiana civilización ha concedido al infortunio? ¡ Queréis que la mansa paloma de los Andes sea tenida de hoy más por asquerosa ave de rapiña?..... La infame vocería se va alejando como el trueno que se escapa en las nubes de la tormenta. La hija del martirio continúa sollozando rodeada de sus deudos.

#### IV

#### LOS FUNERALES.

¡ Cayó el coloso! el héroe que al impío  
Siglo retó, ¡ no existe! el que en su diestra  
Potente alzó la Cruz, el mar airado  
Burlando del error, ¡ es ya cadáver!

MERA.

¡ Astro del día! Como un arcángel circundado de su gloria, vives en el centro de la inmensidad de tu luz, y viajas en el espacio, cortejado por cien mundos que atestiguan tu poder y tu grandeza. Sin tus resplandores la tierra vagaría en los abismos, envuelta en las sombras de eterna noche. Las nítidas diademas



que ciñen la frente del Chimborazo y el Cotopaxi te deben su hermosura y brillantez, y, por la tarde, su color de rosa. Tú tiendes en las praderas de mi patria su tapiz de esmeralda, das á las flores de sus campos sus matices varios, y á los alados hijos del aire y la armonía, el primor de su reluciente plumaje, y, merced á tí, vemos en los ojos de la casta virgen los encantos de su alma. Mas no siempre ; oh sol ! te recreas en esparcir la vida y la belleza en los objetos de los mundos que gobiernas ; pues si te place levantar sobre los vapores de la lluvia, en sublime apoteósis á los colores de tus rayos, el arco triunfal con que mides la mitad del cielo, apagas otras veces el fulgor de tus luces en las densas nubes de la tormenta ; si tus destellos se bañan y duermen en el seno de un lago transparente, también saltan quebrantados en la blanca espuma del mar embravecido, é iluminan con indiferencia las pavorosas escenas del naufragio ; y si te complaces en solemnizar con tus pompas las magnas fiestas de la civilización y de la industria, también parece que te gozas en contemplar, desde allá arriba, el bamboleo y ruina de las ciudades, cuando sobre ellas se desploma el terremoto asido de la muerte. Así hoy ofreces á nuestra vista sor-

prendida un luctuoso espectáculo. El sangriento cadáver del héroe, sentado en áurea silla, se alza en medio de tétricos blandones en la gran nave de la catedral; el pueblo, apiñado en el vasto recinto del templo del Señor, eleva al Cielo sus plegarias empapadas en lágrimas; el inválido que arrastra sus miembros mutilados por la metralla; el anciano que, al borde de la tumba, refiere á sus hijos las hazañas de nuestros mayores; la viuda gemebunda, apartada de las vanidades del siglo; la virgen que desmaya en brazos de la horfandad y el sacerdote aborrecido de los enemigos de la fe, se abren paso entre la agolpada multitud y van á llorar al pié del negro catafalco. Oigamos algunas de sus palabras; y, aunque ellas se confunden en prolongado murmullo, como el gemido del viento en las cimas de los montes, esforcémonos en distinguirlas.

### 1ª VOZ.

Como las ondas de fuego que impelidas por el aquilón invaden impetuosas un campo cubierto de maleza, y la llevan por delante en humo y en ceniza, así deshiciste las huestes de los antiguos opresores de la patria. Terrible y rápido como el torbellino, te lanzaste sobre la flota de

nuestros enemigos y la hundiste en el abismo de las aguas. Tu mirada helaba el corazón de los malos, y al estallido del rayo que partía de tu diestra, temblaba la perversidad como frágil caña sacudida por el ábrego.

2ª VOZ.

Más impetuosa que el torrente que rompe sus diques y echa á un lado los peñascos que se oponen á su curso, era la acción de tu voluntad dirigida á hacer el bien, apesar de los obstáculos que la ciega ignorancia y el espíritu del mal amontonaban delante de ella.

3ª VOZ.

Ante el poder de tu genio, los Andes del Ecuador inclinaron por vez primera la indómita cerviz, y por allí, por donde en otro tiempo apenas permitían que el viajero pasase estremecido al ver proyectada en los abismos la sombra de su cabalgadura, que no acertaba á poner el vacilante casco en lugar exento de peligro, vuelan hoy libremente las ruedas de los carros en que va silbando el auriga, descuidadas las riendas que flotan en los enhiestos cuellos de los bridones lanzados al galope; y sobre las verdes copas de los árboles gigantescos que engalanan las

selvas de Yaguachi, en las que dormía la soledad arrullada por el silencio, avanza el humeante penacho de la locomotora, de esta serpiente de la civilización que devora las distancias enemigas del progreso, y atrae á sus dominios con su poderoso aliento la industria y la riqueza.

4ª VOZ.

En el corazón de los solitarios bosques de Manabí resonaba ya, en rápido bornéo, el hacha bienhechora del trabajador, dejando en pos de sí, como hermosa estela, una ancha y bien segura senda, destinada á dar á tu querida Quito su más natural y corta comunicación con el Océano. Pero los sicarios del falso liberalismo cortaron el hilo de tu vida, y aquella empresa, rica en esperanza, fuese toda en flor.

5ª VOZ.

La fatídica voz de *no hay dinero*, que antes había sido la perenne consigna que circulaba en las regiones de la alta gobernanación, fué desterrada de ellas, de orden tuya, como una fórmula maldita de vergonzoso quietismo; mas el puñal de Oyar acaba de abrirle de nuevo las puertas de la República, y, no muy tarde, será la sentencia de guillotina que irá decapitando

uno á uno los importantes establecimientos que fundaste y las obras en que emprendiste en pro de la Nación.

6ª VOZ.

Nuestros hijos vagaban en las tinieblas de la ignorancia, madre del crimen ; tú te apiadaste de ellos y, gracias á los esfuerzos que hiciste, se sientan hoy en las bancas de magníficas escuelas iluminadas por la Cruz, y el movimiento de sus cabezas se parece al oleaje de las verdes espigas mecidas en las colinas de la patria por las auras de abril (1).

7ª VOZ.

Viste con amargura que los jóvenes sedientos de instrucción se perdían en

---

(1) El asombroso impulso dado á la buena instrucción popular por el Señor García Moreno prueba que este, como amigo sincero de la República y de la libertad bien entendida, comprendió que la una y la otra son imposibles donde la ignorancia de la masa del pueblo facilita la acción asfixiante del despotismo unipersonal, ó donde la instrucción imperfecta y mutilada produce su necesario resultado—el dominio tiránico, disparatado y sangriento de las turbas excitadas por la impía demagogia; prueba que reconocía con Guizot que “la escuela sin religión es un peligro para la sociedad”; prueba, en fin, que sabía con Jovellanos que “la buena instrucción pública es el primer manantial de la felicidad de las naciones, del cual únicamente se derivan todas las demás fuentes de prosperidad”. ¡Y al ciudadano que así pensaba y de tal manera obraba se le llama hombre funesto y execrable!



lóbregas y enmarañadas veredas, extra-  
viados por la rutina, y, entrando con  
esta en gigantesca lucha, la derribaste  
con estrépito. Desde entonces la ciencia  
extiende su benéfica mano á la juventud  
ecuatoriana y la conduce con paso firme  
por sendas luminosas al templo de la sa-  
biduría.

8ª VOZ.

Pobres violetas desprendidas de nues-  
tros tallos, rodábamos en el campo agos-  
tado por la miseria de la horfandad; mas  
tú, como solícito jardinero, nos volviste  
con tus lágrimas de compasión la frescu-  
ra y lozanía que habíamos perdido, y hé-  
nos aquí convertidas en hermosas azuce-  
nas, puestas al cuidado de los ángeles de la  
caridad que nos cultivan para el Cielo.

9ª VOZ.

Como los polluelos del águila que en  
lo más alto de las rocas de la montaña  
azotadas por el granizo, se hallan tranqui-  
los bajo el amparo de las fuertes alas de  
la madre, así los hijos del pueblo, bajo tu  
poderosa égida, se sentaban, libres de ve-  
jámenes, en sus amados talleres, y los sen-  
cillos labradores, concluidas sus tareas,  
volvían cantando á sus hogares, seguros  
de no ser arrebatados, como en tiempo no

remoto, de los brazos de la cara familia para engrosar las filas de la tiranía militar que imprimió en la pulcra frente de la patria las herraduras de su caballo, en nombre de la libertad.

10ª VOZ.

Impertérrito soldado de la fe católica, te mantuviste firme en tu puesto en medio de la pelea. La impiedad desesperada retrocedía á tu presencia mordién dose los brazos, para ir á implorar de las sociedades puestas á las ordenes de las potestades infernales, el auxilio de su puñal, y tú, herido por la espalda, caíste, bañado en tu sangre como el sol, en la púrpura de su ocaso.

11ª VOZ.

Murió el experto piloto que gobernaba con maestra mano la nave del Estado, y ésta, roto el timón y perdida la brújula, balancea suspendida entre la espuma de las ondas que revientan en las ocultas rompientes del peligroso mar en que navega.

MUCHAS VOCES.

Radiante de gloria inmortal, acaba de desaparecer de nuestra vista, dejándonos como los huérfanos que lloran la muerte de su padre. El fué entre nosotros el ba-

luarte inespugnable de la religión, la firme columna del orden, el genio del progreso, el amigo del pueblo, y el terror de los opresores de la patria. Bendigamos su memoria, humedezcamos su tumba con el llanto y pidamos al Señor por el descanso del alma del que tanto le glorificó acá en la tierra. . . . .

Las augustas ceremonias de la iglesia van á empezar. Los sollozos del dolor han sido reemplazados con el silencio de la oración ; pero luego los cánticos sagrados resuenan en la bóveda del templo. La hostia inmaculada del divino Corde-ro se eleva por el sacerdote en medio del incienso que sube desde el altar y cubre el tabernáculo, como un velo azul, el rostro de una santa virgen. El pueblo se postra en el pavimento ante la Magestad sacramentada y le pide fervoroso por el alma del héroe. Una descarga de fusilería parte de las filas de los batallones formados en la plaza contigua, y se difunde entre los pliegues del Pichincha y las profundidades de los valles inmediatos. Es el eco de la guerra que truena en homenaje al Dios de los ejércitos y acompaña con su estruendo las dolientes voces de los hijos de la paz. La fúnebre función ha terminado.

Los restos sangrientos del mártir ecua-



toriano descienden desde lo alto en brazos varoniles, y desaparecen en la oscuridad del ataúd, como la pálida luna de lluviosa noche, en las sombras del poniente. Los viajeros que visitan la ilustre capital de los antiguos shiris dicen á sus amigos: “¿dónde está el monumento que encierra los despojos del grande hombre?” y ellos le responden con rubor: “no lo sabemos”. Ay! la Religión los tiene ocultos bajo su augusto manto para librarlos de la furia de los chacales que, según es voz, han ido á buscarlos con salvaje designio en los momentos hoy tan frecuentes en que las turbas desenfrenadas se levantan, instigadas por sus agitadores, como las columnas de humo sulfuroso que desde el fondo del Sangay se elevan amenazantes sobre los bordes del cráter. ¡Querrán los secuases del liberalismo descreído dar al mundo el nuevo espectáculo de un muerto perseguido, de un cadáver que cruza los mares para buscar asilo bajo la sombra de un ciprez plantado en extraña tierra?

¡Oh espíritu dichoso del que fué García! Si desde tu mansión de eternos resplandores puede penetrar tu vista en este triste valle al través de su atmósfera de lágrimas, compadece á los que, al ultrajar así tus cenizas, no tienen á mengua des-

cender al nivel de los insectos que zumban en torno de los sepulcros, y acoje benigno este humilde rasgo que un amigo tuyo, alejado de la patria, ha escrito á tu memoria en el suntuoso peñón del Güellen (1), que, como un venerable anciano sentado en medio de su joven familia que le engalana y mimas, se eleva en el centro de un noble pueblo que tanto amaste, pueblo sosegado y feliz que sabe levantar estátuas á sus héroes y templos al Dios vivo, mientras otros asesinan á sus prohombres y se empeñan ¡oh dolor! en derribar con sacrílega mano los altares santificados por la divina religión “de la inteligencia y de la adversidad”. (2)

*Santiago, á 6 de Agosto de 1876.*

---

(1) Se alude al cerrito de Santa Lucía, convertido hoy en magnífico paseo público por la inteligente y enérgica actividad de un ilustre patricio chileno.

(2) Hoy mismo se halla muy avanzada, en la Recoleta Domínica de Santiago, la obra del suntuoso templo dedicado á Nuestra Señora del Rosario, con sus cinco grandes puertas, sus treinta ventanas con vidrios de colores, su soberbia cúpula y sus cincuenta y seis columnas de mármol, de orden dórico sin contar con las cuatro de orden jónico que sostienen el coro y las cuatro de mármol amarillo de Verona que, con dos pilastras del mismo material, adornan el altar mayor, cuyas paredes son de mármol de Saravezza.

Respecto de estátuas, hemos visto, entre otras, las de San Martín, O'Higgins, Carrera y Portales, todas de bronce y ecuestres las dos primeras.

---



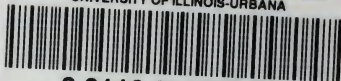








UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 074580702